

“CONOCER, AMAR Y SEGUIR AL FUNDADOR”

Manuel José Cortés, SM
Superior General

Circular del. N° 4

12 de Septiembre de 2010,
Solemnidad del Santo nombre de María
Fiesta patronal de la Compañía

Queridos hermanos:

En el próximo **año 2011, se cumple el 250 aniversario del nacimiento de nuestro fundador**, el Beato Guillermo-José Chaminade. La entera Familia Marianista se dispone a celebrarlo, promoviendo, en todas las ramas y en todos los niveles, una serie de iniciativas que, a lo largo del mismo, recuerden y evoquen su persona, lo que fue y lo que vivió, para, de este modo, impulsar su conocimiento, su aprecio y, sobre todo, su imitación y su seguimiento. Es deseo de todos que este acontecimiento nos sea de provecho en orden a la renovación de la vivencia de nuestra vocación marianista.

Con el propósito de contribuir a este fin, me ha parecido conveniente escribiros esta circular que, como veis, he titulado Conocer, amar y seguir al fundador. Como las tres anteriores, brota de la preocupación, del interés y del empeño por ayudar a revitalizar y profundizar entre nosotros el conocimiento y la experiencia del carisma propio, nuestra particular razón de ser en la Iglesia y en el mundo. Mi propósito, esta vez, es compartir con vosotros una serie de reflexiones que nos hagan comprender cómo esta revitalización pasa por conocer mejor y seguir más de cerca al fundador. Se trata, pues, de una circular sobre él. Pero no sobre su vida o su pensamiento, sino sobre su puesto y su papel en la vocación marianista, en nuestra propia vocación. En este sentido, es como un eco y una prolongación, exactamente un siglo después, del excelente **prólogo que el P. Hiss** escribió para la edición del primer fascículo de *“L’esprit de notre fondation”* (1). Quien lo recuerde, reconocerá fácilmente su huella aquí. Me he sentido muy identificado con su mismo propósito. ¡Ojalá, desde esa comunión de intenciones, pueda contribuir también esta circular a motivar y centrar la vivencia del **“año Chaminade”**, y a impulsar el estudio y la formación específicamente marianista en nuestra gran Familia!

I – PAPEL DE LOS FUNDADORES EN LA VOCACIÓN PARTICULAR

1.1 La vida de los fundadores, origen y fuente de las diferentes formas de vida consagrada, de los diferentes carismas.

Permitidme comenzar estas reflexiones recordando unos párrafos del **P. Hiss** en el prólogo al que acabo de aludir. “Nadie puede ignorarlo: la Iglesia no es una institución humana que se sostiene por su propia fuerza, por la excelencia de su organización o por las cualidades naturales de sus adeptos. No; lo que la vivifica es un principio sobrenatural, es el Espíritu mismo de su divino Autor, nuestro Señor Jesucristo, quien se lo infundió el día de Pentecostés, y tanto más cumplirá con su destino cuanto más se conforme a las enseñanzas y más dócil sea a la gracias de Jesús. Del mismo modo, en cierto sentido, **una familia religiosa vive por el alma de su**

fundador. Dicho de otro modo, debe presentar los caracteres y practicar las virtudes que le vienen de él (...). En efecto, es por él como el Espíritu de Jesús se le comunicó con el carácter especial que desea tener en ella. Una simple mirada o una breve reflexión bastan para darnos cuenta de que, en el seno del catolicismo, las diversas asociaciones religiosas, tomadas en su conjunto, tienen la misión de presentar, por el hecho de su diversidad, una expresión completa de las divinas perfecciones de Jesús. Por sí sola, cada una de ellas no sería capaz de desarrollar de modo eminente todos los gérmenes y dones divinos contenidos en el Espíritu de Cristo... He aquí por qué se establece entre ellas una especie de división de trabajo... Cada asociación tiene su propio espíritu, que le asigna un género de vida distinto y le destina a obras especiales. (...) Pero **es en el fundador en quien desciende en primer lugar esta forma particular del Espíritu de Jesús;** es en su fisonomía moral donde primero ofrece sus rasgos característicos. En él reside el depósito y como la reserva de esta vida que, brotando de su alma expansiva, irá distribuyéndose a cada uno de los que, con posterioridad, acudirán a pedirle luz y dirección..."(2)

Algo más de medio siglo después, el Concilio Vaticano II afirmaba:

“Ya desde los orígenes de la Iglesia hubo hombres y mujeres que se esforzaron por seguir con más libertad a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos y, cada uno según su modo peculiar, llevaron una vida dedicada a Dios, muchos de los cuales bajo la inspiración del Espíritu Santo, o vivieron en la soledad o erigieron familias religiosas a las cuales la Iglesia, con su autoridad, acogió y aprobó de buen grado. De donde, por designios divinos, floreció aquella admirable variedad de familias religiosas que en tan gran manera contribuyó a que la Iglesia no sólo estuviera equipada para toda obra buena y preparada para la obra del ministerio en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, sino también a que, embellecida con los diversos dones de sus hijos, se presente como esposa que se engalana para su Esposo, y por ella se ponga de manifiesto la multiforme sabiduría de Dios.”(3)

Así pues, la vida consagrada, en sus diferentes formas, tiene su origen en esos “hombres y mujeres” que entregaron su vida al seguimiento del Señor, “cada uno según su modo peculiar”, es decir, según su particular inspiración del Espíritu, según su carisma. Por lo tanto -y esto debemos tenerlo siempre muy presente-, no surge de una planificación estratégica para la evangelización ni de una reflexión teológica de academia. No se funda en una declaración, un documento, ni siquiera en unas directrices, normas o regla de vida. Brota de la vida cristiana de los fundadores, de su particular vivencia del evangelio. La historia de la Iglesia nos enseña, como continuaba recordando el propio P. Hiss, que con la fuerza de este soplo del Espíritu vendrá el desarrollo de la institución, crecerá el número de miembros y se multiplicarán las obras. Y llegará un momento en que se ve la necesidad de canalizar esa vida. “Entonces se piensa en la redacción de las Reglas para mantener la unidad del espíritu a través de la multitud de los miembros y en las generaciones posteriores. Sin embargo, el valor, la eficacia de las Reglas **no está ligada a las meras fórmulas que las constituyen; proviene ante todo y únicamente del espíritu que encierran...**” (4)

Lo que en definitiva vienen a decirnos, tanto estas palabras del P. Hiss como el texto del Concilio, es que los carismas fundacionales no son ni tratados de teología espiritual ni reglas de conducta moral, sino vidas concretas, personales, vividas en fidelidad al Espíritu. Su autenticidad y su fuerza no radican en el poder de convicción del discurso que en un momento determinado trata de formularlos ni en el número de admiradores o seguidores que provocan, sino en esa fidelidad, es decir, en la **santidad de los fundadores.**

Por ello, cuando, como es el caso de un instituto religioso reciente de todos conocido, la santidad de vida del fundador es puesta en cuestión por hechos probados, el verdadero problema que se deriva de ello no es la reparación de los daños que ha podido causar el desorden de su vida sino la autenticidad y validez del presunto carisma que deja en herencia. (5) En cambio, **cuando la santidad del fundador es probada y, además, reconocida, el carisma particular se ve reforzado y confirmado en la Iglesia.** ¿No fue ésta, acaso, la experiencia de la Familia Marianista en la beatificación de nuestro fundador hace diez años? El impacto positivo de este

acontecimiento sobre el aprecio y la vivencia del carisma marianista entre nosotros, fue innegable. De ahí nuestra ilusión y nuestro interés en que ese reconocimiento llegue a ser pleno y se universalice su veneración en la Iglesia. ¡Ojalá el Señor nos conceda la gracia de poder celebrar pronto su canonización!

1.2 La imprescindible memoria del fundador.

Si las diferentes formas de vida consagrada brotan de la vida de los fundadores, para que su existencia siga siendo justificada, será necesario que se mantengan fieles a su inspiración. Si no es así, pierden su razón de ser en la Iglesia y en el mundo. Esta fidelidad se hace más necesaria en momentos de cambio de cultura, de época, como el que estamos viviendo. Como os decía en mi presentación de los documentos del último Capítulo General, vivimos un tiempo “de cambio, de tránsito entre una imagen de vida religiosa y marianista que se está difuminando y otra que está por emerger con claridad. Como bien mostraba el resultado de la consulta a la Compañía, es momento de incertidumbre, en el que se desatan los miedos ante el futuro”. En una situación así, sólo podremos afrontar ese futuro con convicción y esperanza si reforzamos y revitalizamos nuestra propia identidad carismática, es decir, la fidelidad al Fundador. “Para abrir el futuro -continuaba diciendo- necesitamos consolidar en nuestra vida personal y comunitaria nuestras señas de identidad en la Iglesia y en el mundo. Dicho en otras palabras: no sabemos todavía muy bien cómo será ese futuro, pero estamos convencidos de que está ahí, y lo esperamos fiados del Señor, por-que sabemos - es más, sentimos y vivimos - por qué y para qué quiere el Señor religiosos marianistas en la Iglesia y en el mundo.”(6)

A partir del Vaticano II, todos los documentos oficiales dedicados a la necesaria renovación de la vida consagrada han subrayado el criterio de la fidelidad a la inspiración del fundador como condición indispensable para que esta renovación se lleve a cabo adecuadamente. Nos resulta, pues, imprescindible mantener siempre presente la memoria del Fundador. Pero no a modo de memoria documental del pasado sino como presencia viva, espiritualmente estimulante y motivadora.

De entre los documentos aludidos, *Evangelica testificatio*, de Pablo VI (7), es quizás uno de los más inspiradores. En él, después de exhortar a los religiosos y religiosas a renovar la contemplación y el fervor apostólico en sus vidas, recordaba el Papa: “Sólo así podréis despertar de nuevo los corazones a la Verdad y al Amor divino, según el carisma de vuestros Fundadores, suscitados por Dios en la Iglesia. No de otra manera insiste justamente el Concilio sobre la obligación para religiosos y religiosas, de ser fieles al espíritu de sus Fundadores a sus intenciones evangélicas, al ejemplo de su santidad, poniendo en esto uno de los principios de la renovación en curso y uno de los criterios más seguros para aquello que cada Instituto debería emprender.” (8)

Se trata, pues, de una memoria que alimente la fidelidad a su “espíritu”, a sus “intenciones evangélicas” y al “ejemplo de su santidad”. Y para ello, no basta el conocimiento histórico ni tampoco la simple imitación externa de lo que el fundador vivió. Se requiere una memoria viva, presente, que ayude a desarrollar en nosotros una verdadera afinidad espiritual con él. En último término, de lo que se trata es de seguir respondiendo al Espíritu, aquí y ahora, como él respondió. “En realidad, el carisma de la vida religiosa -prosigue Pablo VI-, lejos de ser un impulso nacido de la carne y de la sangre, u originado por una mentalidad que se conforma al mundo presente, es el fruto del Espíritu Santo que actúa siempre en la Iglesia.

Es precisamente aquí donde encuentra su medio de subsistencia el dinamismo propio de cada Familia Religiosa, porque, si la llamada de Dios se renueva y se diferencia según las circunstancias mutables de lugar y de tiempo, requiere, sin embargo, cierta dirección uniforme. El impulso interior de cada una suscita en el seno de su existencia ciertas opciones fundamentales. La fidelidad a sus exigencias es la piedra de toque de la autenticidad de una vida religiosa. No lo olvidemos: toda institución humana está asediada por la esclerosis y amenazada por el formalismo. **La regularidad exterior no bastaría por sí misma para garantizar el valor de una vida y su íntima coherencia.** Por tanto es necesario reavivar incesantemente las formas exteriores por medio de este impulso interior, sin el cual quedarían convertidas bien pronto en una excesiva carga.” (9)

La clave de la fidelidad creativa de los institutos religiosos está, como dice el Papa, en su “**impulso interior**”, es decir, en vivir desde esas opciones fundamentales de vida que configuraron desde dentro la del fundador. Descubrir las y hacerlas propias es la razón última que nos impulsa a mantener viva su memoria.

1.3 El fundador y la propia vocación personal.

Todo lo dicho hasta aquí de modo genérico sobre el papel de los fundadores en la generación de las diferentes formas de vida, cabe decirlo también sobre su papel en la propia vocación personal. En mi anterior circular, ya recordé que la llamada concreta a la vida religiosa para cada uno de nosotros, no acontece primero de modo genérico, como una llamada “a la vida religiosa” in genere, para luego concretarse en “una determinada forma” dentro de ella, sino que es, de entrada y de una vez, una llamada a esa determinada forma concreta. “El carisma -decía- delimita para el religioso la voluntad de Dios y establece los modos de encarnarla. Concreta para él tanto el modo de la vida comunitaria como el de la misión.” (10)

Por lo tanto, la persona del fundador no es ajena a la propia vocación personal. Si ésta es una llamada a encarnar el carisma y éste tiene su fundamento y su inspiración en la vivencia del Fundador, eso quiere decir que, por designio divino, ejerce una especial función mediadora en la llamada que cada uno de nosotros ha recibido del Señor. Y no sólo en la llamada sino también en la vida generada por el Espíritu en nosotros a partir de nuestro sí a ella. Es posible que no la vivamos muy conscientemente pero es una verdad del todo evidente. Basta, para convencernos de ello, que pensemos qué habría sido de nosotros si él no hubiera existido. Desde luego, no existiría la vocación marianista, no estaríamos aquí ni seríamos lo que somos.

Normalmente, esta función mediadora del fundador no se nos manifiesta de entrada en la experiencia que cada uno de nosotros tiene de la propia vocación. Otras mediaciones más contemporáneas, más inmediatas y cercanas en el tiempo -una determinada comunidad o una persona impregnada del carisma, una experiencia de misión o de fraternidad...- se nos hacen más evidentes en nuestra vivencia vocacional inicial. Pero no podemos quedarnos en ellas sin riesgo de superficialidad y de inconsistencia porque, en el fondo, no dejan de ser secundarias y transitorias. Aunque nos hayamos sentido inicialmente interpelados o atraídos por un testimonio concreto, éste es sólo un vestigio, un signo de la verdadera llamada. Para profundizar en su sentido, para captar su verdadero contenido, debemos descender hasta su mediación primigenia, hasta su raíz, que no es otra, como venimos diciendo, que la vida del Fundador. Esta es la razón por la que en todo instituto religioso es un objetivo ineludible de cualquier proceso de formación, tanto en la formación inicial como en la permanente, introducir a sus miembros en esta dinámica de profundización en el conocimiento y en la vivencia de la vocación particular y ayudarles a vivir en consecuencia, a través de la sintonía espiritual con el fundador.

Así pues, en nuestra propia historia personal, la figura del fundador no es sólo un ejemplo de vida, un santo más entre los santos que se ofrecen a nuestra imitación. Como hemos visto, ha tenido y debe seguir teniendo una función particular de mediación en nuestra vocación. En consecuencia, es merecedor de una atención muy especial de nuestra mente y de una singular devoción de nuestro corazón. No cabe pensar que puedan existir religiosos auténticos que no sientan un aprecio sincero y profundo por su fundador, un interés, incluso una verdadera pasión, por conocerlo y seguirlo cada vez mejor, condición sine qua non para comprender mejor y vivir con coherencia lo que el Señor espera de cada uno de nosotros.

II – VOCES PARA LA PALABRA, PADRES EN LA FE

Reconocido el papel mediador del fundador en la vocación particular a un género de vida consagrada, a la vivencia de un carisma concreto, cabe preguntarse de qué tipo de mediación se trata. ¿Es sólo una mediación ejemplar o es algo más que eso? ¿Cómo podemos comprenderla y describirla? En este apartado os ofrezco unas reflexiones bíblicas que pueden ayudar-nos a ir respondiendo estos interrogantes. ¿Por qué recurrir a la Biblia? Sea cual sea la naturaleza de esta mediación, responde al plan de Dios, está inscrita en él y, por lo tanto, tenemos que tratar de entenderla integrada en lo que podríamos llamar su *modus operandi* en la historia de la

salvación. Por otra parte, el re-curso a la narrativa bíblica hará su comprensión más vivencial que teórica, dejando abierta su formulación en categorías teológicas. De lo que se trata, en último término, no es de escribir un tratado sobre la función mediadora de los fundadores sino de vivirla integrada en la historia de nuestra particular relación con Dios, relación que se alimenta primordialmente de su Palabra.

2.1 “El Dios de de nuestros padres”

Empecemos por recordar que la revelación de Dios en la historia de la salvación no se produce por medio de una especulación filosófica sobre su existencia ni por medio de una definición de su ser ni de un discurso, sino a través de la vida de aquellos elegidos que la vivieron en su presencia. Él mismo se presentó a Moisés como “el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob” (11). Y cuando Moisés quiso saber quién era, quiso conocer su “nombre” para poder presentarlo al pueblo, la respuesta fue de nuevo: “Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob me ha enviado a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, por él seré recordado generación tras generación.”(12)

Nuestro Dios, el Dios en quien creemos es el que se manifiesta en la vida de los que nos precedieron en el camino de la fe. Sus vidas han sido la “voz” por medio de la cual la comunicación de Dios se ha hecho oír. La palabra de Dios, antes de expresarse en un texto, se revela en una vida, en unos acontecimientos concretos de vida, de historias personales o colectivas del pueblo elegido. Como afirmó el Concilio en una ya famosa expresión de profundas re-percusiones en nuestra comprensión de la revelación divina, ésta “se realiza con **hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí**, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas.” (13)

La comunicación de Dios a la humanidad no se limita, pues, a un texto. El texto bíblico está íntimamente asociado a la comunicación de la vida misma de Dios a través de la vida concreta de “nuestros padres en la fe”. Por un lado, sin la referencia a esa vida, el texto quedaría vacío de contenido; por otro lado, sin el texto, el significado de la comunicación quedaría oculto. Este principio adquiere su pleno sentido en el caso de Jesucristo, la Palabra definitiva del Padre. “Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana -prosigue el texto conciliar- se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación.” (14) “Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los Profetas, ‘últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo’. Pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios; Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, ‘hombre enviado, a los hombres’, ‘habla palabras de Dios’ y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió. Por tanto, Jesucristo -ver al cual es ver al Padre-, **con su total presencia y manifestación personal**, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio divino que vive en Dios con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna.” (15)

Dios se comunica, pues, a través de “la presencia y manifestación personal” de Jesucristo en su humanidad. Él es el mediador. “Buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de ti -confesaba San Agustín ante Dios-, y no lo encontraba, hasta que abracé al mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús...” (16)

No fue en la reflexión ni en un libro, sino en el abrazo al hombre Cristo Jesús, donde la comunicación con Dios se le hizo patente. Y viva, porque ese abrazo es abrazo de vida, conlleva la comunicación del Espíritu, que hace que vivamos ya en Dios con Cristo. El discurso bíblico nos remite a esa comunicación pero no la agota ni la produce por sí mismo. La vida no puede ser contenida ni transmitida en palabras y, por lo tanto, la fe cristiana no puede alimentarse de una simple aproximación filológica al texto de la Biblia. Por muy legítima y provechosa que ésta sea, nunca llegará a conectar con el significado último, con la verdad, ni con la vida que sus

pala-bras transmiten. Por la misma razón, tampoco cabe ningún tipo de fundamentalismo textual en la correcta comprensión de la vida cristiana.

El principio de la mediación personal en la comunicación de Dios pertenece, por consiguiente, de modo perenne, a la economía de la salvación. Es decir, este principio no se aplica sólo al proceso de la génesis del conjunto de los libros canónicos que conforman la Sagrada Escritura. Continúa siendo un principio clave a lo largo de la historia. La misma mediación plena, que es la de Cristo, se actualiza en la mediación de sus verdaderos testigos. Sin la transmisión de la Palabra de Dios por medio de la vida de éstos, sin la corriente de vida que han generado y siguen generando los santos, la misma Biblia habría quedado relegada a simple testimonio literario del pasado. Por algo confesamos en el credo que creemos en la “comunidad de los santos”, fuera de la cual, no hay modo de recibir la comunicación de Dios, de comulgar con él. El autor de la carta a los Hebreos recordaba a los creyentes que, para su encuentro con Dios, no se habían acercado a una *hierofanía* extraordinaria ni a un discurso de palabras terribles, que los oídos humanos no pueden soportar, sino a la “Jerusalén celestial”, a la “asamblea de los santos” y a “Jesús, mediador de una nueva alianza”.(17) Tal y como hemos explicado en el apartado anterior, entre esos santos que contribuyeron a prolongar y encarnar en el tiempo la mediación de Cristo, en cuya compañía y a través de los cuales hemos descubierto y vivido el encuentro con el designio de Dios en nuestras vidas, los fundadores ocupan, por supuesto, un papel prominente.

2.2 El manto de Elías.

Para profundizar en el principio de la mediación humana en la llamada de Dios, os invito a meditar sobre la relación entre el profeta Elías y su discípulo Eliseo, y el papel que aquél tuvo en la vida de éste. Se trata de una de las historias más relevantes del Antiguo Testamento en este sentido. Por algo sirvió de trasfondo al Nuevo, como bien sabemos, a la hora de relatar la relación entre los discípulos y Jesús, el supremo mediador del Padre.

Elías venía de encontrarse con Dios en la soledad del monte Horeb y se disponía a cumplir uno de los encargos que Dios mismo le había encomendado: ungir como profeta sucesor su-yo a Eliseo (18). “Partió de allí y encontró a Eliseo, hijo de Safat, que estaba arando. Tenía frente a él doce yuntas y él estaba con la duodécima. Elías pasó a su lado y le echó su manto encima. Entonces Eliseo abandonó los bueyes y echó a correr tras Elías, diciendo: ‘Déjame ir a besar a mi padre y a mi madre y te seguiré’. Le respondió: ‘Anda, vuélvete, pues ¿qué te he hecho?’ Volvió atrás Eliseo, tomó la yunta de bueyes y los ofreció en sacrificio. Con el yugo de los bueyes asó la carne y la entregó al pueblo para que comieran. Luego se levantó, siguió a Elías y le servía” (19).

Eliseo, que era un campesino, probablemente de los ricos (doce yuntas de bueyes no son cualquier cosa), entregado al cuidado de sus campos, ve en el gesto de Elías la llamada que está por encima de todas las llamadas, la llamada de Dios, y responde con un sí incondicional, dejándolo todo, familia, posesiones, oficio. A diferencia de otros profetas, no recibe ningún mensaje directo del Señor, ni tampoco media entre Elías y él ningún discurso ni razonamiento que explicita un mandato u otorgue una misión. Sólo un gesto, eso sí, de profundo significado vital, ya que el manto simboliza la identidad y la dignidad personal de quien lo posee. Por este gesto, Eliseo se siente impulsado, simplemente, a quedar ligado a él en lo sucesivo, a seguirle. En Eliseo, como ocurriría después a los discípulos con Jesús, la percepción de la propia vocación de parte de Dios y su cumplimiento, están íntimamente mediadas por su relación personal con Elías. Tan es así, que, cuando Elías, caminando hacia el lugar de su cita definitiva con Dios, ya próxima su partida de este mundo, le conminaba repetidamente a separarse de él, su respuesta sería siempre: “¡Por el Dios vivo y por tu propia vida, yo no te dejaré!” (20)

Por tres veces se lo pidió, por tres veces obtuvo la misma respuesta. Eliseo no entendía su vida fuera del seguimiento de Elías. Éste se había convertido para él en su imprescindible punto de referencia. Sin él, el camino de su vida perdía el rumbo. Pero la separación física era inevitable. Elías tenía que partir de este mundo, vivir su éxodo, su Pascua definitiva. Ya habían llegado al Jordán. “Elías se quitó el manto, lo enrolló y golpeó con él las aguas, que se separaron a un

lado y a otro y ambos pasaron sobre terreno seco. Mientras pasaban, Elías dijo a Eliseo: ‘Pídemelo que quieras que haga por ti antes de que sea arrebatado de tu lado’. Eliseo respondió: ‘Que pasen a mi dos tercios de tu espíritu’. Replicó: ‘Pides algo difícil; si alcanzas a verme cuando sea arrebatado de tu lado, entonces pasará a ti; si no, no pasará.’” (21) Ya que no tiene más remedio que aceptar verse privado de la compañía de Elías, Eliseo desea, al menos, quedarse con su espíritu, ser el primogénito en la herencia espiritual de Elías (22). Pero para ello, tiene que ser testigo de su tránsito, vivirlo junto al profeta. No podrá heredar su espíritu si no comparte con él su encuentro definitivo con Dios porque el mediador acaba de revelar a quien revela justamente ahí, en ese momento, cuando se apaga la voz y queda sólo la Palabra. Siglos más tarde, otros discípulos ambicionarían un lugar preferente en la herencia del Reino. “No sabéis lo que pedís -les respondió Jesús-, ¿podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?” (23)

Ser testigo y participe del misterio pascual en el que culmina la vida, es condición necesaria para llegar a ser verdadero discípulo, heredero del espíritu del maestro.

A Eliseo le fue dado poder compartir con Elías el momento de su tránsito definitivo a la presencia de Dios. “Iban caminando y hablando, y de pronto un carro de fuego con caballos de fuego los separó a uno del otro. Elías subió al cielo en la tempestad... Y Eliseo recogió el manto que había caído de las espaldas de Elías.” (24) El manto de Elías había pasado a ser ahora el manto de Eliseo. Ya lo había conseguido en herencia. Ahora se trataba de volver con él a continuar su misión en esta otra orilla del Jordán. Pero el relato bíblico nos hace ver que todavía tenía que dar un paso más en su experiencia espiritual. “Volvió al Jordán y se detuvo en la orilla -continúa diciendo el relato bíblico-. Tomó el manto que había caído de las espaldas de Eliseo y golpeó las aguas, pero éstas no se separaron. Entonces dijo: “¿Dónde está Yahveh, el Dios de Elías?”. Golpeó otra vez las aguas, que se separaron a un lado y a otro, y Eliseo pasó sobre terreno seco.” (25)

La primera vez que golpeó las aguas con el manto de Elías, éstas no se separaron. No le bastaba con disponer de él, con haberlo heredado físicamente. Su “poder” no residía en su materialidad, no se debía a una propiedad especial de su tejido, sino al hecho de que su portador era un hombre de Dios. “¿Dónde está Yahveh, el Dios de Elías?” Ésta, y no dónde está el manto o qué pasa con él, era la verdadera cuestión. Para apropiárselo en verdad, para heredar el espíritu de Elías, Eliseo tenía que transformarse él mismo en hombre referido a Dios; tenía que experimentar que, en realidad, se trataba de heredar no “el manto de Elías”, sino el “manto de Yahveh”, el Dios de Elías, de quien procedía realmente su fuerza y su poder. Sólo entonces pudo regresar a esta orilla con el auténtico espíritu de Elías, como reconocerían los “discípulos de los profetas”, que se habían quedado expectantes en ella. (26)

Podríamos decir que el carisma del fundador es para la vivencia de nuestra vocación lo que el manto de Elías fue para Eliseo. También nuestras vidas se han visto llamadas por él y envueltas en él. Pero para ser verdaderos herederos, dignos portadores, de su espíritu no basta con heredar la materialidad del manto, no basta con que tengamos entre nuestras manos la

obra que él fundó, no basta que seamos los encargados de “gestionar” la herencia que de él hemos recibido a través de la historia. Debemos caminar con él, seguirle personalmente, hasta identificarnos con su particular experiencia de Dios, hasta experimentar su propia experiencia pascual, de donde brota el poder de su espíritu y la fuerza de su misión. En definitiva, debemos transformarnos en el “hombre de Dios” que él fue. ¿Dónde está en nuestras vidas el “Dios de Chaminade”, el Dios de su experiencia de fe? Sin sintonía con su propia experiencia de Dios, el “manto heredado” de él será totalmente inoperante en nuestras manos. Por hábil que sea su manejo, nunca tendrá el poder de “separar las aguas” para que podamos llegarnos al mundo, que nos necesita y espera, con la verdadera fuerza y eficacia de nuestro carisma. Podremos enarbolarlo, mostrarlo, describirlo, pero, al fin al cabo, siempre permanecerá en la otra orilla...

2.3 “Yo os engendré en Cristo”.

Cuando Eliseo vio cómo Elías era arrebatado de su compañía, exclamó: “¡Padre mío, padre mío!” (27) Con idéntica exclamación sería despedido él mismo por el rey Joás en la hora de su muerte (28). El hombre de Dios, en cuyo seguimiento alguien descubre la llamada y la palabra divinas para su vida, es reconocido como un padre.

En efecto, el mediador humano de la comunicación de Dios, no se limita a ser mero mensaje-ro. Su mediación es generativa, participa en la generación de la vida en la fe, de la vida en el Espíritu, de modo análogo a la mediación de la paternidad respecto a la vida humana. “Aun-que tengáis diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres, porque yo os engendré en Cristo Jesús por medio del evangelio.” Así amonestaba San Pablo a los corintios que, encandilados por la mayor elocuencia de otros maestros llegados después de él, parecían menospreciarle. La distinción que el apóstol establece entre “el padre” -que es uno- y “los pedagogos” -que pueden ser varios-, entre el que está en el origen de la transmisión de la fe como mediador de la Palabra y los que después ayudan a comprenderla y vivirla, muestra a las claras que vivía su misión como una mediación de la paternidad de Dios. Tanto era así, que no tenía reparo en concluir: “por consiguiente, os suplico, ser imitadores míos.” (29)

Es evidente que no es el apóstol quien genera la vida cristiana, ni ésta se reduce a su imitación. No se trata de una generación que acaece por su propio poder, por su habilidad o su capacidad persuasiva para obtener seguidores de su doctrina. Sólo hay una paternidad, la de Dios, que, a través de la donación de su Espíritu, es quien engendra hijos, hermanos de Cristo, el Primogénito. Y Pablo lo tiene siempre muy presente. Dios es el Padre ante quien “dobla sus rodillas” y “de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra.” (30)

uno según el don del Señor. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien hizo crecer. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer... Somos colaboradores de Dios y vosotros campo de Dios, edificación de Dios.” (31). No obstante, y a pesar de todo, su reivindicación de una cierta paternidad es clara. “Os engendré en Cristo Jesús”, hemos visto que decía a los corintios. Y en otro lugar, llama a los gálatas “¡hijitos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros.” (32). ¿Qué le lleva a Pablo a reivindicar para sí ante sus fieles no sólo la condición de hermano sino también, de alguna manera, la de “padre”? (33)

Otro pasaje, también dirigido a los corintios, nos ayuda a comprender que esta reivindicación tiene su fundamento en que el apóstol experimentaba su ministerio no como una mera transmisión del mensaje evangélico sino como una colaboración íntima con el Espíritu en la generación de la vida cristiana. Para hacerse respetar -les recuerda Pablo- no necesita de ninguna carta de recomendación ante ellos. “Nuestra carta sois vosotros, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres; pues es notorio que sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio y escrita no con tinta sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra sino en tablas que son corazones de carne.” (34)

La imagen es profunda y muy elocuente. El ministerio del apóstol no es sólo anunciar la Palabra sino “escribirla” en los corazones. El texto es Cristo. El escritor es el Espíritu. ¿Cuál es el papel del apóstol en esa “escritura”? Un comentario de San Basilio a los primeros versículos del salmo 45(44) -“Me brota del corazón un poema bello..., mi lengua es ágil pluma de escribano...”-, en el que alude a este pasaje de Pablo, nos ofrece una respuesta sugerente:

“Lo mismo que la pluma es un instrumento para los escritores cuando la mano de una persona experta es la que la mueve para grabar los caracteres de lo que escribe, así también **la lengua del hombre justo, movida por el Espíritu Santo, graba en los corazones de los creyentes palabras de vida eterna;** sin ser introducida en el tintero sino en el Espíritu de Dios vivo. Así pues, el Espíritu Santo es el escritor porque es sabio y enseña a todos; escribe con rapidez porque el movimiento de su mente es veloz. El Espíritu escribe en nuestros pensamientos, ‘no en tablas de piedra, sino las tablas de los corazones de carne’.” (35)

Es evidente que, con toda legitimidad, podemos considerar al fundador como uno de esos “hombres justos” cuya “lengua” ha grabado en nuestros corazones palabras de vida eterna. Es más, imagino que ese ha sido el deseo último de todo fundador con respecto a sus discípulos.

Dejemos, pues, que resuenen las palabras de Pablo en nuestro corazón como si vinieran dichas por el propio P. Chaminade: “Sois una carta de Cristo, redactada por mi ministerio y escrita no con tinta sino con el Espíritu de Dios vivo.” Y podemos dejar, incluso, que el fundador siga haciendo suyas y proclamando para nosotros, las palabras que siguen en la carta paulina: “Esta es la confianza que tenemos delante de Dios por Cristo. No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una nueva alianza, no de la letra, sino del Espíritu, pues la letra mata mas el Espíritu da vida.” (36)

Al dejar resonar en nuestro corazón estas palabras, percibimos cómo el P. Chaminade, como buen fundador, vivió preocupado por ser, ante todo, transmisor de vida, colaborador del Espíritu, y entendemos mejor aquella insistencia con la que comenzó su famosa carta a los predicadores de retiro del 24 de agosto de 1839:

“Muy querido hijo: En mi circular del 22 del pasado julio decía a todos los hijos de las dos órdenes: Veréis en el Decreto Pontificio el deseo, la voluntad expresa del Soberano Pontífice de que os inculque el espíritu de nuestras dos obras, asegurándoos que prestaréis útiles servicios a la Iglesia si perseveráis.

Ahora, querido hijo, se le presenta una magnífica ocasión para cumplir, lo mejor que pueda, las órdenes del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo. Llega el momento oportuno para inculcar el espíritu de nuestras Constituciones y de nuestras dos obras, que tanto han complacido al Soberano Pontífice. Me refiero al retiro que va a dirigir usted.

Penetrado de esta máxima de San Pablo: La letra mata pero el espíritu vivifica, pondrá el máximo interés en hacer apreciar la excelencia y el carácter especial de nuestra divina misión.” (37)

“Vida mediadora de la presencia y la acción de Dios”, “voz de su Palabra que nos llama”, “padre” en la fe, en la acogida y seguimiento de la Palabra, “pluma” que, movida por el Espíritu, hace de nosotros “carta de Cristo”..., son imágenes que hemos sacado de experiencia bíblica y pueden ilustrar la función que el fundador, por designio divino, ha tenido y sigue teniendo en nuestras vidas. ¡Ojalá nos ayuden a situarlo como se debe en la vivencia de nuestra propia vocación!

Nota sobre el uso de la expresión “Buen Padre” en nuestra tradición

En la tradición marianista se ha acostumbrado designar con este apelativo tanto al fundador, el Beato Guillermo-José Chaminade, como a los superiores generales que le sucedieron. Según lo que hemos visto, me parece adecuado atribuírselo al fundador. Eso sí, siempre que se entienda en sentido paulino, es decir, tal y como Pablo entendía su paternidad en relación con los miembros de las comunidades por él fundadas. De lo contrario, estaríamos desobedeciendo al Señor, que mandó a sus discípulos: “no llaméis a nadie padre en la tierra porque uno solo es vuestro Padre”, y recriminó al rico por llamarle bueno porque “uno solo es el bueno”.

Sin embargo, no estoy tan seguro de que sea tan adecuado atribuir este calificativo a los superiores generales. Por lo menos, por lo que a mí respecta, ni entiendo ni vivo mi ministerio de tal como “padre” sino como “hermano”. Con todos vosotros me siento hermano, hijo del mismo “Buen Padre”. Pretender una paternidad que, como Pablo recordaba a los corintios, es única, me parece fuera de lugar. Quizás, a lo más que podríamos “aspirar” los superiores generales es a ser considerados en la categoría de los “pedagogos” de la comunidad, siguiendo la terminología del apóstol.

¿Es hora, por lo tanto, de enmendar la tradición en este aspecto? Es una pregunta que me planteo y para la que no tengo una respuesta tan evidente como para “sentar cátedra”. Sé que siempre caben interpretaciones y justificaciones de diverso género y prefiero que la cuestión quede abierta a la re-flexión y al diálogo, sin dejar por ello de expresar, como lo hecho, mi preferencia por reservar el calificativo al fundador, subrayando así la singularidad de su paternidad en nuestras vidas.

III – EL BEATO GUILLERMO-JOSÉ CHAMINADE, NUESTRO “BUEN PADRE”

Por todo lo dicho hasta aquí, resulta evidente que necesitamos conocer, amar y seguir a nuestro fundador si queremos conocer, amar y seguir nuestra vocación. “Conocer”, “amar” y “seguir”, tres verbos que he elegido para el título de la circular, tres verbos que se relacionan entre sí y que no deben separarse. Necesitamos conocer para amar y seguir pero, como he tratado de hacer ver en la primera parte, no nos basta un conocimiento “externo”, necesitamos que éste sea interno, afectivo, y práctico, llevado a la vida.

¿Qué hemos hecho y qué debemos hacer en la Compañía para conocer, amar y seguir más profundamente a nuestro fundador, el Beato Guillermo-José Chaminade? Esta es la pregunta que, creo yo, debe inquietarnos a todos en este momento. A tratar de responderla dedico esta tercera parte de la circular.

3.1. Luis Gonçalves da Câmara y San Ignacio de Loyola.

Permitidme iniciarla con un ejemplo ilustrador, el del P. Luis Gonçalves da Câmara, jesuita portugués de los de la primera hora, fiel discípulo y admirador de su Fundador, San Ignacio, con quien tuvo la dicha de tratar personalmente.

Ansioso por conocerlo a fondo, le importunó hasta romper la reticencia y el pudor del santo a hablar de sí mismo, y convencerlo de la necesidad de que comunicara su camino espiritual. Movido por su interés, San Ignacio, tras pensarlo y rezarlo, accedió finalmente a concederle varias entrevistas para “declarar cuanto por su ánima hasta ahora había pasado” (38)

de cada entrevista, el P. Luis ponía por escrito lo que le había contado y, así, gracias a él, la Compañía de Jesús tuvo, desde sus orígenes, un relato de la vida de su Fundador, conocido con el nombre de Autobiografía, en el que el santo daba cuenta de su proceso interior, de cómo el Señor le había conducido en su vida y de cuáles habían sido sus reacciones ante los signos y acontecimientos a través de los cuales se le fue manifestando.

Si estoy aludiendo a este hecho como “ejemplo ilustrador” no es sólo por ser un testimonio de devoción filial respecto al fundador. Lo que me parece realmente ejemplar del P. Luis Gonçalves -y ésta es la razón por la que lo he traído aquí- no es tanto su interés por la vida de San Ignacio, lógico en quien se encuentra con una personalidad tan apasionante como la suya, sino los motivos que lo provocaban, las razones que le movieron a ser tan persistente en el empeño de lograr que abriera y comunicara su experiencia espiritual. Porque lo que me parece realmente digno de subrayar en su caso es que esas razones brotaran de la vivencia de su propia vocación como jesuita y, en este sentido, fueran más teológicas que afectivas. Él mismo las expuso en otro de sus escritos sobre el santo, el llamado Memorial, en el que re-coge algunas anécdotas y vivencias relacionadas con él:

“Como las órdenes religiosas no son otra cosa que modos concretos de vivir conforme a los preceptos y consejos de Cristo, diversos de la obligación y ley común que a todos compete no solamente por la perfecta observancia que en ellas se profesa, sino diversos entre sí unos de otros por sus fines específicos y por los medios que cada orden es-coge para conseguirlos, siempre pensé que igual que Dios, (que), como dice la Escritura (Ex 31,2 ss), llamó y llenó de espíritu divino de sabiduría, inteligencia y ciencia a Besalel, hijo de Urí, para proyectar y labrar perfectamente cualquier obra en oro, piedras preciosas, plata cobre, mármol y toda suerte de madera, y le dio por compañero a Odolías, para que construyese el tabernáculo, arca de la alianza, propiciatorio y todo lo demás que Dios había ordenado a Moisés, así también para la fundación y edificación de cualquier orden religiosa que Dios nuestro Señor ha querido fundar y edificar en el mundo, ha acostumbrado a llamar y elegir artífices concretos, a los que ha llenado de la gracia y del espíritu que les era especialmente necesario para ser fundadores inmediatos de esos tabernáculos vivos y arcas de la alianza, dedicados a la custodia de la ley y a la perfecta observancia del culto divino.

Y por esta causa, como los demás trabajadores que se ocupaban de la ejecución de aquella obra serían más perfectos cuanto más trabajasen por imitar a Besalel y Odolías, de igual modo me

parecía que **es totalmente necesario que los religiosos, que pretenden perfeccionarse en su estilo de vida, pongan mucha diligencia en conservar el espíritu de su inmediato fundador; y que tanto duraría una orden religiosa en la pureza en que fue instituida, cuanto perdurase en ella esta imitación del que Dios primeramente escogió.**

Por esta razón, desde que entré en la Compañía, por Pascua de 1545, siempre tuve gran deseo de ver y tratar a nuestro Padre Ignacio de Loyola, a quien Nuestro Señor nos dio como ejemplo y cabeza de este cuerpo místico, del que todos los hijos de la Compañía somos miembros...” (39) Esta motivación teológica era la que movió también a otros discípulos de San Ignacio a rogarle que contara su vida. Sentían que algo importante faltaría a la fundación de la Compañía si no lo hacía. Es interesante recordar lo que uno de ellos, el P. Nadal, lleno de alegría, dijo al enterarse de que finalmente se había decidido a abrirse al P. Luis Gonçalves, como éste mismo nos lo cuenta:

“Venido el P. Nadal, holgándose mucho de lo que estaba comenzado, me mandó que importunase al Padre, diciéndome muchas veces que en ninguna cosa podía el Padre hacer más bien a la Compañía que en hacer esto; y que esto era fundar verdadera-mente la Compañía; y así él mismo habló al Padre muchas veces, y el Padre me dijo que yo se lo recordase*...” (40)

3.2. El conocimiento del fundador en la Compañía de María.

Si he querido mencionar aquí el ejemplo del P. Luis Gonçalves da Câmara es porque puede ayudarnos, por contraste, a darnos cuenta de una de las lagunas más lamentables de nuestra historia marianista: el desconocimiento del Fundador. La Compañía tuvo que esperar a la **biografía** que escribiera de él el P. Simler para empezar a conocerlo, nada más ni nada menos que medio siglo después de su muerte. El propio P. Simler lo reconocía en su prólogo:

“Encerrados en París durante el largo asedio de 1870-71, ocupábamos nuestro tiempo libre en recorrer los archivos de la Compañía de María, cuando nuestra atención se detuvo en los documentos que se referían al fundador de la Compañía, P. Chaminade. La lectura de estos documentos fue para nosotros una revelación. En verdad, nos decíamos nosotros mismos, el P. Chaminade ha sido y es todavía un desconocido, no sólo en las regiones en que ejerció su apostolado, sino también en las familias religiosas en que se continúa viviendo de su espíritu y, en cierta manera, bajo su dirección. Sabíamos que, en todo momento, había recomendado a sus discípulos y había practicado él mismo esta máxima eminentemente cristiana: “Ama ser ignorado y ser tenido en nada”. Y este amor a la vida escondida explicaba cómo había podido vivir sin atraer hacia él la atención del público, y morir sin que se tuviese muy en cuenta su desaparición. Pero, ¿se justificaba el silencio que planeaba sobre la persona y las obras de este hombre apostólico? ¿Eran de alabar este silencio prolongado y este olvido aparente? ¿No eran más bien de lamentar, sobre todo en los institutos de los que era el fundador?...” (41)

Creo que el P. Simler fue benévolo cuando atribuyó la falta de conocimiento del fundador a su modestia, fiel a la máxima de la Imitación de Cristo. Nosotros podemos pensar también en otras posibles causas coadyuvantes, como el hecho de que no hubiera vivido integrado en una comunidad determinada, o la nefasta sombra que se cernió sobre su memoria como consecuencia de las incomprensiones, tensiones y problemas en su relación con la autoridad de la Compañía en sus últimos años. Pero lo cierto es que, en todo caso, la causa principal, como lo vemos por contraste con el ejemplo del apartado anterior, fue que no tuvimos la fortuna de contar entre los primeros marianistas con hombres que tuvieran la perspicacia teológica necesaria para llegar a captar, entre otras cosas, la importancia que tal conocimiento tenía para la comprensión y vivencia de la propia vocación, la suya y la de los que vendrían después.

Por consiguiente, debemos estar profundamente agradecidos al P. Simler por haber vivido y habernos transmitido ese “espíritu filial” respecto al Fundador, del que la Compañía estaba necesitada, y que, haciéndole consciente de la importancia que tenía su conocimiento para la entera Familia Marianista, le impulsó a escribir su vida. Gracias a él, pudimos empezar a descubrir a nuestro fundador. Medio siglo es mucho tardar pero “nunca es tarde si la dicha es buena”, dice el refrán.

La presentación biográfica del P. Chaminade por parte del P. Simler, vendría a completarse, años más tarde, con la publicación de otra obra de gran importancia en nuestra historia más reciente: *L'esprit de notre fondation*. En su prólogo, el P. Hiss, después de reconocer el bien inestimable que había hecho a la Compañía el libro del P. Simler, reconocía también la necesidad de prolongarlo con una obra sobre su espíritu, obra que, por otra parte, ya había proyectado el propio P. Simler, contando para ello con su secretario, el P. Klobb, que tanto le había ayudado en la investigación documental e histórica.

“A medida que (los hijos del P. Chaminade) leían esta historia, iba manifestándose en su alma un nuevo deseo, el de estudiar más a fondo el pensamiento íntimo del Fundador, de cerciorarse, directamente y con los textos auténticos, de la idea-madre que presidió el nacimiento y los primeros desarrollos de la Compañía, de darse cuenta, en suma, de cómo fueron concebidos y definidos desde el principio el espíritu, el fin y la organización de sus obras.” (42)

Y con el centenario de la Compañía en el horizonte a medio plazo, se preguntaba:

“¿Es todavía demasiado pronto para pensar en la celebración de un acontecimiento tan importante para nosotros y prepararnos a él desde ahora? Y la mejor preparación, ¿no

es acaso redoblar el deseo ardiente de mantener e incluso acrecentar en nuestras almas el espíritu de nuestra fundación? Porque una familia religiosa debe referirse a su cuna, si quiere conservar en su integridad y en toda su vitalidad el espíritu que le es propio y la verdadera perfección de su institución. Allí, en efecto, encuentra a su Fundador, es decir, al hombre que Dios escogió para llevar a cabo la obra decretada por su Providencia, y a quien confirió con plenitud todos los dones de naturaleza y de gracia requeridos para una misión así.” (43)

Fue ese deseo de retomar el espíritu del P. Chaminade y, con él, el alma de sus fundaciones, el que llevó al Capítulo General de 1905 a determinar que se empezara por la publicación de “*L'esprit de notre fondation*”, dejando para más adelante la de sus *cartas*. Ese espíritu estaba contenido en la amplísima documentación reunida y estudiada por el P. Simler y el P. Klobb. Se trataba ahora de darlo a conocer de alguna manera. Así fue apareciendo en diversas entregas esta obra, en la que, siguiendo un plan sistemático, se iban tratando los diferentes aspectos de nuestra vida y nuestro apostolado a través de una selección de textos que, por provenir del propio fundador o de los primeros seguidores o seguidoras, podían llamarse fundacionales.

“*L'esprit de notre fondation*” tuvo la virtud de ser el primer instrumento del que dispuso la Compañía para asomarse a la inspiración y al pensamiento del fundador. Por fin, los hermanos, y sobre todo los formadores, tenían entre sus manos una obra que presentaba y desarrollaba los principales ejes constitutivos de su carisma. No obstante, de cara a seguir estudiándolo y reflexionándolo en el futuro, era insuficiente. Por un lado, los documentos fundacionales citados eran sólo algunos; por otro lado, éstos estaban escogidos siguiendo un plan predeterminado. Aunque excelente como primera síntesis divulgativa de nuestro espíritu, la Compañía no podía contentarse, por lo tanto, con esta publicación. Para progresar en el conocimiento del carisma fundacional y poder reflexionar sobre él desde diferentes contextos históricos y culturales, era necesario acceder a toda la documentación, no sólo a una parte de ella, y hacerlo, además, con rigor y criterio científicos.

Se dio un paso muy importante en este sentido con la publicación de **las cartas del P. Chaminade**. Estos textos originales, bien contextualizados, ofrecen la posibilidad de acceder directamente al pensamiento y a los sentimientos del fundador. Son, pues, imprescindibles para conocerle interiormente. Pero quedaban todos los demás documentos, menos circunstanciales, más generales, en los que había vertido su visión del proyecto que el Señor la había inspirado y los principios doctrinales y espirituales que lo animaban.

Afortunadamente, desde mediados del siglo XX, algunos hermanos nuestros, animados por el ejemplo de los predecesores y por un gran cariño al fundador, se entregaron con entusiasmo y empeño a la ardua tarea de sacar a la luz toda esa documentación, convencidos de la necesidad de hacerlo de cara al futuro. Gracias a ellos, como sabemos, se investigó más pro-fundamente la vida del P. Chaminade y fueron publicándose una serie de colecciones de documentos originales cuidadosamente fechados, descritos y anotados, con indicación, incluso, en muchos de ellos, de las fuentes en las que se habían inspirado. (44)

Todo este esfuerzo se ha visto culminado, finalmente, con la publicación de “*Écrits et Paroles*”, cuyo séptimo, y último volumen, acaba de salir este mismo año. Como he escrito en mi epílogo a esta monumental obra, su publicación “tiene un valor incalculable para la entera Familia Marianista. Con ella y con los volúmenes de las cartas del P. Chaminade, se nos ofrece por primera vez la posibilidad de tener encima de nuestra mesa de lectura o de trabajo todos los documentos conocidos del fundador, contenidos en los Archivos Generales. Hasta ahora, sólo podíamos encontrar algunos en publicaciones fragmentarias... Ahora sí, disponemos de ese fondo en edición crítica, cuidadosamente contextualizada, que invita no sólo a la lectura - a veces difícil por lo fragmentado de la documentación - sino sobre todo a la investigación y al estudio, de los que tanto estamos necesitados. En adelante, nuestras reflexiones sobre el pensamiento del fundador tienen dónde apoyarse para alcanzar el fundamento y el rigor que necesitan y del que en ocasiones han carecido por falta de referencia exacta a las fuentes o a su contexto. Con la edición completa de “*Écrits et Paroles*” disponemos, pues, de un preciso y precioso instrumento, que nos evita hacer decir al P. Chaminade lo que no dijo y nos permite comprender mejor lo que dijo y quiso decir.” ¿Cómo no reconocer con profundo agradecimiento, por ejemplo, todo lo que, en este sentido, han aportado a la Familia Marianista los trabajos del P. Jean-Baptiste Armbruster o del P. Joseph Verrier? (45)

3.3 Prosiguiendo el camino. La tarea pendiente.

Fruto de este trabajo documental, han ido apareciendo en los últimos cincuenta años una serie de estudios monográficos, unos de investigación, otros de divulgación, sobre algunos aspectos del carisma marianista, pero muy pocos sobre el pensamiento y la vivencia del fundador. La profundización en su conocimiento sigue siendo una tarea pendiente entre nosotros. Es cierto que se ha difundido mucho su vida en los últimos años, sobre todo a raíz de su beatificación. Pero, en general, conocemos muy poco más que aquello que divulgamos. Para la gran mayoría de entre nosotros, el conocimiento del P. Chaminade sigue reduciéndose a unas cuantas anécdotas de su vida y a cuatro ideas sobre su pensamiento, cosas, todas ellas, suficientes para la divulgación pero no para alimentar nuestra vivencia vocacional como marianistas. Necesitamos seguir profundizando en el conocimiento de su vida y su pensamiento. Hemos de entregarnos con tesón a este estudio y a esta reflexión en toda la Familia Marianista. Es fundamental para nosotros llegar a captar cada vez con más profundidad su vivencia y su intención fundacional, con todas sus implicaciones espirituales y misioneras para nuestra vida.

Para que el fruto de este empeño sea auténtico, necesitamos conjurar varios peligros de los que no siempre nos hemos librado en lo que escribimos o decimos a este propósito. Con demasiada frecuencia, cedemos a la tentación de hacer una selección sesgada de los acontecimientos de la vida o de las palabras del fundador, aislándolas del conjunto o sacándolas de contexto, según lo que más “complace” a nuestra propia forma de pensar. Otras veces, de modo inconsciente, lo interpretamos desde presupuestos actuales, totalmente anacrónicos para él, sin tener en cuenta que una cosa es actualizar, poner en lenguaje actual, su pensamiento, y otra muy distinta interpretarlo como si hubiera brotado de nuestro propio contexto histórico, social y eclesial. No es nada fácil, como a veces pretendemos, saber lo que el P. Chaminade haría si viviera en nuestro tiempo. Primero tenemos que conocer mejor el suyo y cómo lo vivió él. Si no, sucumbimos a la tentación de suplantarle, de transformarnos nosotros mismos en fundadores en su lugar, robándole alguna idea suelta con la que justificar nuestro propio proyecto.

Para obviar estos peligros, no caer en la ligereza y garantizar una consistencia seria a nuestro conocimiento del fundador, necesitamos cuidar el rigor histórico y documental en nuestros estudios sobre él. Respecto al rigor documental, no tenemos excusa. Como hemos visto, disponemos ahora de todos los medios, aunque siempre resultará difícil para algunos someterse a su disciplina, entre otras cosas, desgraciadamente, por desconocimiento de la lengua original. En lo que se refiere al rigor histórico, en cambio, no disponemos de tantos medios para asegurarlo. Carecemos todavía de buenos estudios del contexto específico en el que el P. Chaminade educó, alimentó y desarrolló su vida y su misión. Y, sin embargo, es importante conocerlo: él no cayó del cielo; es hijo de una época y de unas circunstancias. No obstante, estas

carencias no hacen sino estimularnos más en nuestro empeño de seguir adelante y continuar estudiando, con toda la seriedad y el rigor que nos sea posible, su vida y su espíritu.

Así pues, desde la constatación del camino recorrido y del que todavía queda por recorrer, me permito hacer un llamamiento formal a toda la Compañía en general, y a cada una de sus unidades en particular. En primer lugar, para que se ponga un cuidado extremo en el conocimiento del fundador y en la formación específicamente marianista en los programas de formación inicial y permanente. En segundo lugar, para que se provea de personal adecuado a los centros de formación y de investigación marianistas. Necesitamos hermanos que se dediquen con seriedad al estudio del P. Chaminade y del carisma, que continúen y prolonguen el trabajo de los que, a su vez, continuaron y prolongaron el trabajo del P. Klobb y del P. Simler. Hay que potenciar este servicio a la Compañía entre los religiosos jóvenes y recuperar para él a algunos ya no tan jóvenes pero cuya aportación, por sus conocimientos, interés o capacidades, podría ser muy valiosa. No tengamos miedo a “perderlos” para otros ministerios. Sin este servicio, será el futuro de la vida y de la misión marianistas lo que perderemos. Y no se olvide que, dado lo que con él nos jugamos de cara al porvenir, todo este esfuerzo es, si cabe, más necesario y apremiante en las unidades más jóvenes y en las nuevas fundaciones, en donde nuestra vida y nuestra misión deben encarnarse en nuevas realidades con la garantía de que, dicha encarnación, no afecte en nada a la solidez y madurez de su identidad marianista.

Antes de concluir, quisiera volver a insistir en un principio fundamental para que todo lo dicho sea correctamente entendido, y sus consecuencias bien interpretadas. He hablado mucho del necesario conocimiento del fundador, pero, como he recordado en varias ocasiones a lo largo de esta circular, dicho conocimiento, no es suficiente si no nos conduce a su aprecio y a su seguimiento. El fin último de nuestro interés por su persona es llegar a identificarnos con él, a vivir en sintonía con él. La riqueza de su inspiración y de su carisma está, como decíamos más arriba, en la santidad de su vida. De lo que se trata, pues, cuando hablamos de la pervivencia del carisma de cara al futuro, es de prolongar en la historia no sólo la doctrina o el proyecto misionero del fundador, sino, sobre todo, su santidad de vida. Se trata, pues, de que, a través de su conocimiento, adquiramos su espíritu. Para responder como el Señor quiere a nuestra vocación marianista aquí y ahora, no bastan bonitos documentos, planes y propósitos. Necesitamos llegar a ser nosotros mismos, en nuestro mundo, sus ojos y su corazón: ojos que miren y vean como él, corazones que sientan como él, vibren con lo que él vibró, amen lo que él amó.

Y para terminar, permitidme citar un pasaje del libro del Eclesiástico. En su introducción a la sección que dedica a la memoria y elogio de los padres que nos precedieron en el camino de la fe, afirma el sabio:

“Algunos legaron su nombre
para ser respetados por sus herederos.
Otros no dejaron recuerdo, y acabaron al acabar su vida:
fueron como si no hubieran sido, y lo mismo sus hijos tras ellos.
No así los hombres de bien:
su esperanza no se acabó,
sus bienes perduran en su descendencia,
su heredad pasa de hijos a nietos.
Sus hijos siguen fieles a la alianza,
y también sus nietos, gracias a ellos.
Su recuerdo dura por siempre,
su caridad no se olvidará.
Sepultados sus cuerpos en paz,
vive su fama por generaciones;
el pueblo cuenta su sabiduría,
la asamblea pregona su alabanza.” (46)

Pues bien, a la memoria y alabanza de ese singular “hombre de bien” que ha sido en nuestra particular historia de salvación el Beato Guillermo-José Chaminade, he dedicado esta circular. Inspirado ahora en este pasaje sapiencial de la Escritura, sólo me cabe concluirla con un deseo hecho súplica: que, con la gracia de Dios, sepamos ser esa descendencia en la que perduran sus bienes, esas vidas fieles y santas que hacen que su recuerdo dure por siempre, su caridad no se olvide, su esperanza no se acabe, su sabiduría siga narrándose, se pregone su alabanza en la Iglesia.

Vuestro hermano en Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de los hombres,

Manuel J. Cortés, SM
Superior General

Roma, a 12 de septiembre de 2010,
Solemnidad del Santo Nombre de María,
Fiesta patronal de la Compañía

NOTAS

1 El P. Hiss firmó dicho prólogo el 1 de mayo de 1910.

2 EF I, p. xv s.

3 PC n. 2.

4 EF I, p. xvi s.

5 Recordemos cómo en el comunicado de la Santa Sede tras la visita canónica al citado instituto, publicado el 1 de mayo de 2010, se reconocía que una de las tareas necesarias y urgentes de cara a asegurar su futuro era, precisamente, la redefinición de su carisma.

6 El P. Hiss aludía también a esta necesidad que tiene toda familia religiosa de mantenerse fiel al espíritu de su fundador si quiere subsistir: “Mientras está animada por este espíritu, es próspera. El día en que, por culpa suya, deje que el alma de su Padre se desvanezca o escape de ella, perderá, con su razón de ser, su principio vital, y no tardará en extinguirse. No es, pues, suficiente que posea el espíritu general del cristianismo; es necesario que viva el alma de quien la ha creado.” (ibid.)

7 Promulgado el 29 de junio de 1971.

8 n.11.

9 n.11-12.

10 Cfr. Circular n. 3, apartado 3.2.

11 Ex 3,6.

12 Ex 3,15.

13 DV n.2.

14 ibid.

15 DV n.4.

16 Confesiones, libro VII, cap. 18.

17 Cf. Heb 12,18-24.

18 1Re 19,16.

19 1Re 19, 19-21.

20 2Re 2,2.4.6.

21 2Re 2,8-10.

22 Y, como tal, heredar el doble que los demás herederos, como estaba establecido en la Ley (cf. Dt 21,17).

23 Mc 10,38.

24 2Re 2, 11.13a.

25 2Re 2,13b-14.

26 cf. 2Re 2,15.

27 2Re 2,12. “¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡Servidores por medio de los cuales habéis creído!, y cada

28 cf. 2Re 13,14.

29 1Co 4, 15-16.

30 Ef 3,14-15.

31 1Co 3,5-9.

32 Gal 4,19.

33 Inspirándose precisamente en esta reivindicación paulina de la paternidad, propia de quien es instrumento de Dios para iniciar en la fe al creyente, afirmaba el P. Hiss: “El fundador ha recibido una misión de lo alto para darnos la vida: con toda verdad, tiene con nosotros un lazo muy real de paternidad espiritual.” (EF I, p. xv)

34 2Cor 3,2-3.

35 Homilías sobre los salmos, 44,3 (PG 29, 396)

36 2Cor 3,4-6.

37 EM II, n. 69.

38 Así narra él mismo cómo se determinó San Ignacio a contar su vida: “Estando comiendo con él Maestro Polanco y yo, nuestro Padre dijo que muchas veces le habían pedido Maestro Nadal y otros de la Compañía, y que nunca había determinado en ello; y que después de haber hablado conmigo, habiéndose recogido en su cámara, había tenido tanta devoción e inclinación a hacerlo, y hablando de manera que mostraba haberle dado Dios grande claridad en deber hacerlo, que se había del todo determinado; y la cosa era declarar cuanto por su ánima hasta ahora había pasado; y que tenía también determinado que fuese yo a quien descubriese esas cosas.” (Prólogo a la Autobiografía de San Ignacio)

39 Memorial, n. 1-3.

40 Prólogo de la Autobiografía. (*) En el original dice “acordase”, pero con sentido antiguo del verbo recordar, por lo que he preferido transcribirlo como “recordase” para evitar confusión con el verbo acordar en las traducciones a otras lenguas. (Nota del autor para la versión en español)

41 SIMLER, J., Guillaume-Joseph Chaminade, fondateur de la Société de Marie et de l’Institut des Filles de Marie, Paris-Bordeaux 1901, p. xix.

42 EF I, p. v s.

43 id., p. ix.

44 Me refiero aquí, como todo el mundo sabe, a las publicaciones como Notas de instrucción, Notas de retiro, Escritos de dirección, Escritos marianos, Escritos de oración, Jalones de historia, etc., que tanto han contribuido en estos últimos 50 años a nuestro conocimiento del espíritu chaminadiano.

45 EP, vol VII, p. 705 s.

46 Sir 44,8-15.
